

JÖEL H. PRÉVOST



# EL CAZADOR DE MARIPOSAS



UNIVERSO  
de LETRAS 



---

# PARTE I

# IMPACTO

---



---

# Capítulo I

## *Un ascenso caído en desgracia*

### 1

Sorbió un trago con inquietud. El café, alquitranado, se arremolinó tembloroso entorno a la cucharilla que, como una espada en ristre, esgrimía surcos aquí y allí, dejando entrever un poso turbio, de una negrura tal que su fin no se intuía. Ensimismado, escudriñó en la profundidad de su taza y por un momento se perdió en su interior. «Vaya mierda de café —pensó—. Como el día sea como esta...».

Entonces, algo le sacó abruptamente de sus pensamientos: una palmada rápida, precedida de una mirada afable y una sonrisa perfecta —como la de los anuncios— reclamaban su atención.

—Es usted, ¿verdad? —preguntó con curiosidad—. El de los periódicos, quiero decir.

Desconcertado, se limitó a observarle: inmóvil, distante, ignorando completamente cómo se resolvían aquella clase de situaciones. Nunca había querido ser famoso: esa clase de anhelos le resultaban caprichosos, vacuos, eran una forma de soberbia que ni compartía ni entendía pues le parecía frívola y, además, carente de verdadera ambición. La fama, a su entender, era

---

—y se sentía muy generoso al decirlo— más bien una especie de premio de consolación para la gente que carecía de talento o tenía tan pocos escrúpulos de venderlo al mejor postor. Sin embargo, él no entendía de entrevistas y planas de portada, ¡por Dios! ¡Si solo era un policía! Su única obligación era proteger y servir, sin laureles, sin gloria. Que ahora acaparase espacios en los telediarios y noticieros vespertinos no era más que un despropósito. No obstante, ¿qué podía hacer él ante la potestad casi omnipotente de los medios de comunicación? ¿Cómo resistirse o, incluso, combatir sus intrincadas redes? ¿Cómo eludir su furtiva cacería de titulares una vez que los sucesos ya se hubieron hecho eco en la prensa?

Sencillamente, no era posible: él ya no tenía escapatoria, no cuando su nombre ahora paraba rotativas. Era noticia, la GRAN NOTICIA, así, en mayúsculas, tal y como pregonaban uno tras otro los diversos titulares:

«JOVEN POLICÍA DESTAPA EL CASO WARLOCK Y RESUELVE EL EUPHORIA, ¡AL MISMO TIEMPO!».

«NUEVO INSPECTOR EN LA CIUDAD, ¿SERÁN AHORA NUESTRAS CALLES MÁS SEGURAS?».

«¡EL INCREÍBLE CASO DEL POLICÍA QUE RESOLVIÓ EL WARLOCK Y EL EUPHORIA!».

«EL HOMBRE DE SCOTLAND YARD: EL HOMBRE DEL MOMENTO».

«DETRÁS DE UN HÉROE NACIONAL: ¿QUIÉN ES BENNET EN REALIDAD?».

—Lance... Lance, no sé qué... —barruntó—, perdone, soy atroz para los nombres..., pero soy muy fan, de verdad.

—No lo dudo... no dejo de oír cosas así últimamente... —musitó mientras hacía ademán de levantarse.

—Así que sí que lo es, es el «tipo» que lo destapó todo —confirmó con una expresión triunfal.

Entonces, sin perder ni por un segundo su sonrisa de dentífrico, volteó la cabeza a su derecha y, ante la estupefacción del propio Lance, realizó una rápida seña, un *okay* inequívoco, para un hombre que aguardaba fuera, tras

---

el cristal del aparador de aquella recóndita cafetería de barrio. Era un hombre imponente, de gran robustez, que destacaba tanto por llevar la gorra al revés —casi como si fuera un chavalín sacado de la moda de los 90— como por tener una espalda ancha y unos hombros como mazas sobre los que, tras recibir la señal, colocó, con una precisión y agilidad de autómatas, una pesadísima cámara de televisión. Acto seguido, con la destreza propia de la experiencia, conectó el micro, encendió el *flash* y pulsó el botón rojo de REC, todo ello mientras irrumpía atropelladamente en el establecimiento.

—Inspector Lance Bennet —le interpeló el reportero, ahora respaldado por la presencia del cámara que acababa de situarse a su lado y le había tendido el micro—, esto es la *ITV*, ¿podría contestarnos a unas preguntas?

—Aún no soy inspector —le espetó con sequedad—, y preferiría...

—Cierto. El acto está programado para las doce en punto. ¿Cómo está llevando el reconocimiento? ¿Está nervioso por el ascenso?

—Eh... emm... —farfulló, ladeando ligeramente la cabeza y centrando su atención en el circo que se estaba montando fuera—, no...

Como invocados a través de un portal por un ente maligno, al menos tres camiones de diferentes cadenas —lentos con sus respectivos técnicos y periodistas—, se cruzaban entre sí, bloqueando media calle, mientras competían por aparcar frente al local donde se suponía que se encontraba él. Al momento, Lance, como el buen policía que se suponía que era, comprendió la verdad oculta tras esa escena: el caradura del reportero había vendido su localización como una exclusiva y, de seguro, planeaba jugársela al resto sacándose un extra siendo el primero en sacar la primicia.

—Sois unos mierdas...

—¿Qué dice? ¿Son sus primeras declaraciones?

Lance suspiró profundamente. No, definitivamente, no empezaba el día con buen pie.

—Vamos, Bennet, no seas así... tienes a todo un país expectante, suelta algo.

—Le daría antes mi brazo a una hiena que una declaración a un periodista —le soltó—, y eso que os considero a ambos dos animales extremadamente parecidos.

---

—¡Oh, sí! ¡Y ahí va un titular!: «Bennet carga contra la prensa, ¿tendrá algo que esconder?».

Lance chascó la lengua. Diría que era lo nunca visto, aunque, en realidad, conociendo el sensacionalismo de algunos medios tampoco le sorprendía. En cualquier caso, no podía quedarse, cada segundo de más que pasaba ahí les estaba regalando munición y, en el caso de los periodistas, eso era sumamente peligroso pues rara vez se podía prever hacia dónde o contra qué dispararían.

—En fin... si me disculpáis... no es de buen recibo llegar tarde a tu propia investidura.

—¡Lance! —exclamó, persiguiéndole junto al cámara—. ¡Lance! —Y dirigiéndose a su compañero, ordenó—: ¡Vamos, vamos! ¡Estúpido! ¡No te detengas! ¡Grábalo! ¡Grábalo todo!

Completamente estoico, aun a pesar de los tirones y empujones y al incesante *flash* de la cámara que no dejaba de violentar sus ojos, el futuro inspector Lance Bennet, uno de los miembros más jóvenes en ostentar ese cargo, dejó la taza vacía en la última mesa a su alcance, se puso la chaqueta con tranquilidad y, colocándose unas grandes y opacas gafas de sol, trató de importunar lo máximo posible a los periodistas que se agolpaban como una manada de fieras hambrientas ante la puerta del café, decidido a privarles de la mayor parte de rasgos que hacían reconocible su rostro.

—¡Lance! ¡Lance! —le interpelaban, aferrándose a su ropa e interponiéndose en su camino.

—¡Aquí la *BBC*! —le reclamó uno saliéndole descaradamente al paso—. ¿Es cierto que usó métodos poco ortodoxos para resolver el caso Euphoria? —Y poniéndole el micrófono extremadamente cerca de la cara, continuó—: Algunas fuentes fiables aseguran que consumió...

—¡Lance! —intervino otro—. Para la cadena local, ¿qué se siente al ser tan popular? ¿Se da cuenta de que se ha convertido en toda una *celebrity*? ¿Cómo le está tratando la fama?

Volvió a chascar la lengua, ahora aún más asqueado. Nadie parecía estar dispuesto a dar carpetazo a esos casos y eso que, en realidad, habían sido muy escabrosos. El mundo exterior quizás ni se apercibía de ello, pero Lance había perdido y sacrificado mucho por resolverlos. Su recuerdo no le traía

---

paz, más bien todo lo contrario, alimentaban ciertos fracasos y le retrotraían dudas sobre su proceder.

—¡Lance! ¡Lance! ¿Y qué hay de H...?

Y ahí estaba la espina, el nombre innombrable, aquello que más le dolía. Lance apretó fuertemente la mandíbula y trató de concentrarse en el ruido ambiente. No quería saber nada al respecto: el Warlock y el Euphoria ya habían trastocado demasiado su vida. Desde que descubriera su conexión y resolviera ambos casos, su suerte no había hecho más que cambiar y para peor. No había nada que poner sobre la balanza que él pudiera considerar un éxito, a pesar de que algunos, incluso, se atreverían a llamarle afortunado. A fin de cuentas, no solo había conseguido fama, sino todo lo que se deriva de esta: su hazaña, mil veces mencionada, y su cara, un millón de veces expuesta, invadían todo cuanto era consumible; tal era el atractivo que despertaba que ya le habían propuesto en un par de ocasiones contratos publicitarios para anunciar toda clase de fruslerías y bagatelas de poca monta, así como diversas pretensiones de comprar los derechos de su historia para escribir toda una suerte de novelas o rodar alguna que otra película. Era ridículo, una empresa de perfumes, incluso, le llegó a proponer lanzar «*Bennet*», *eau d'Euphoria*, una colonia clónica y sin personalidad que, además de penosa como producto, destacaba por su desatinada elección de palabras de cara a su nombre comercial. En definitiva, una verdadera basura de idea y otra cosa más para añadir al saco de preocupaciones que le amargaban la vida.

De hecho, como figura «pública», se había vuelto tan popular que su propio superior, el comisario Edmund Strauss —un hombre frívolo y manipulador, pletórico de ambición, del que todo el mundo sabía que pretendía ascender haciendo carrera política—, le había «sugerido» que fuese olvidándose de una vida entregada al trabajo de calle y a las misiones encubiertas. No, esa vida ya no volvería a ser la suya. Era demasiado reconocible y, por ello, se le empezaba a considerar el rostro de la policía: un modelo inspirador para una generación más joven de agentes y el insigne representante de los valores de toda Scotland Yard. Justamente por todo eso, a nadie le extrañó demasiado el meteórico y, a la vez, improvisado ascenso que acababa de obtener. En definitiva, ahora era una «importante personalidad londinense», una con tal potencial que mejoraba notablemente la imagen del cuerpo y lo hacía

---

parecer joven y vital y, al mismo tiempo, experto y tenaz, implacable en el ejercicio de la ley.

—¡Bennet! —profirió un nuevo periodista—, ¿qué opina de aquellos que tildan su ascenso de simple maniobra política? ¿Cree que la placa solo se debe a cuestiones de imagen? ¿Cree merecido su...?

«Razones políticas», murmuró para sí mientras encendía a distancia el motor de su coche. Sí, era cierto que su ascenso era más político que otra cosa: se había decidido en un pequeño gabinete de las altas esferas londinenses, auspiciado por el primer ministro y sus consejeros; por el siempre ávido comisario Strauss; y por toda una serie de otras personalidades influyentes, que habían coincidido en lo beneficioso que sería para la ciudad el nombramiento como inspector de un candidato tan idóneo como Lance —que destilaba humildad, decoro y una gran profesionalidad pese a la tosquedad que podían llegar a adoptar algunas de sus expresiones más severas—.

Había sido una decisión apresurada, casi de urgencia, resuelta a puerta cerrada y sin la presencia o el beneplácito del propio Lance. Qué carajo, ni siquiera se les había pasado por la cabeza tenerle en cuenta. Al fin y al cabo, ¿para qué iban siquiera a molestarse en consultárselo? ¿A quién le importaba ni lo más mínimo lo que desease un simple policía? A nadie. A nadie de los que decidían le importaba su opinión, si quería o no el ascenso o si valoraba más el anonimato y su privacidad que un pequeño incremento en el salario de su nómina y un reconocimiento simbólico que decir que le importaba poco se quedaba más bien bastante corto. Él era Lance Bennet, un cabeza de turco del éxito, y debía ceder. A fin de cuentas, nadie rechaza una placa de inspector y, sin duda, él no iba a ser el primero.

—Lance, una última pregunta —le instó uno, mientras sacaba una libretita y un bolígrafo—. ¿Le han inscrito en algún plan de protección de testigos? Ahora que todo el mundo le conoce, algún agraviado podría buscar venganza, ¿se siente inseguro? ¿Desaparecerá de la palestra policial durante un tiempo o...?

No quería oír ni una palabra más, estaba harto. Aun así, incluso desde dentro de su coche, podía oír el retumbo de sus voces, sonando agolpadas como el molesto zumbido de un enjambre de abejas, y dentro de todas ellas, distinguida como un boleto premiado de lotería, sonaba con una estruendo-

---

sa claridad la voz de aquel periodista y también su pregunta. Durante unos instantes se quedó reflexionando, con las manos reposando sobre el volante y la cabeza ligeramente inclinada hacia él. La verdad era que la élite de Scotland Yard, en general, y el comisario Strauss, en particular, se estaban frotando las manos con deleite ante la desbordante cantidad de propaganda positiva que el ascenso de Lance iba a proporcionarles. No obstante, habían pensado tan poco en él que no se habían parado a reflexionar sobre los potenciales riesgos que conllevaba su decisión: se habían olvidado de las posibles represalias, de las *vendettas* y los ataques de odio a los que cualquier policía, incluidos los más anónimos, podían verse expuestos y, básicamente, lo habían arrojado a los leones, convirtiéndolo en un objetivo no solo de interés, sino, además, fácilmente identificable. Mucha suerte tendría si no se convertía en un imán para toda clase de dementes o para delincuentes ansiosos de ganarse el unicornio dorado de los apelativos: el «respetable» título de «asesino de policías». No había que olvidarse, además, que en estos tiempos inciertos el terrorismo estaba cada vez más presente y era tristemente sabido que los había a quienes les motivaba acabar con policías, más aún, cuando los convertían en una especie de héroes mediáticos como lo era ahora él. «Sin duda —pensó con un trago de amargo sarcasmo—, esto de la fama son todo ventajas».

Lance suspiró profundamente. Sus pensamientos empezaban a abrumarle. Cuantas más vueltas le daba más insignificante se sentía, como si solo fuera un peón más en el juego del poder. En realidad, lo era y tenía las manos atadas. Si los que mandaban descaban pintarle un circulito en la espalda y abrir la temporada de caza «del Bennet» ya podía darse por jodido porque no habría demasiado que pudiera hacer. Era material prescindible, una herramienta para un fin, y como tal lo estaban tratando. El ascenso, al final, no era más que una especie de engaño, una cortina de humo, un truco entre bambalinas: Lance era el muñeco y el poder el titiritero, ser inspector solo era parte del *show* y, en el peor de los casos, otra cuerda más con la que tirar de él. Así estaban las cosas, ocultos tras tantas atenciones solo se movían el interés, la ambición y algún tipo de retorcida estrategia.

—¿Lance? —insistió el reportero, mientras zarandeaba la libreta.

—Sin comentarios...

---

—¿En qué está trabajando ahora? ¿Algún caso nuevo? ¿Puede adelantarnos en primicia alguna información?

—Todo se sabrá a la una —se limitó a responder mientras arrancaba el coche—, la rueda de prensa está prevista para entonces.

Y así desapareció. Condujo calle abajo y aunque algunos trataron de seguirlo, con destreza y una pizca de suerte, logró darles esquinazo. Llevaba días así, pero hoy, con todo el tema de la ceremonia, estaban mucho más pesados que de costumbre.

—Maldito Strauss —masculló entre dientes, mientras se aseguraba por el retrovisor de que ya no podían darle caza— y malditos periodistas.

Realizó algunos giros de más e, incluso, se dejó perder entre un par de callejuelas para acabar de asegurarse. Entonces, amparado bajo las sombras de una plazoleta apartada, aparcó el coche, giró la llave del contacto y volvió a suspirar, dejando caer la cabeza sobre el volante. Otros en su lugar estarían ya desquiciados, flirteando constantemente con los ataques de pánico. Sin embargo, Lance no era de los que se dejaban superar por las situaciones estresantes. Al contrario, tenía por costumbre crecerse con ellas. Poseía un carácter demasiado fuerte y una fortaleza de espíritu envidiable que eran del todo incompatibles con el dejarse derrotar. Aun así..., la presión era un enemigo encomiable, como un lobo constantemente al acecho. Como a Atlas le habían encasquetado sobre los hombros todo un mundo de cosas: el propio ascenso, el discurso ceremonial, la gestión de los medios —que no cejaban en su empeño de seguirle—, toda una serie de responsabilidades y deberes policiales nuevos...

Lo cierto es que todo el mundo quería apuntarse al equipo de Lance. Últimamente le salían amigos hasta de debajo de las piedras, y no faltaba aquel que junto a una palmadita en el hombro aseveraba que siempre había creído en él —aun a pesar de que algunos meses antes hubiese apostado, más bien, por una tirada de camisetas en la que se le llamaba capullo—. El *team* Bennet estaba que se salía; tanto era así que si hubiese montado un equipo estaba bastante seguro de que les hubiesen regalado la Champions sin siquiera salir al campo. Qué coño, había incluso quienes soñaban con ser él, pensando que serían héroes de una epopeya moderna, con la placa como escudo y cubiertos

---

de laureles y gloria. Eso hubiese estado bien, aunque distaba mucho de la realidad, que no era otra que ni el propio Lance quería estar en su piel.

Tras unos segundos de «cuartelillo emocional», alzó la cabeza y se enfrentó directamente a la imagen que reflejaba el espejo retrovisor.

—Bien, Lance —se dijo—, no tienes tan mala cara...

Seguidamente, y con un fugaz movimiento ocular, revisó la parte trasera del coche, asegurándose por enésima vez que nadie le seguía y que la bolsa con el traje de gala de la policía seguía ahí, en alguna parte.

—Es la hora del «gran baile»... Debería engalanarme ya para la ocasión —satirizó, a la vez que recuperaba la bolsa y la dejaba caer sobre el asiento del copiloto—. Todo por la patria... proteger y... servir —rezongó mientras se ponía la chaqueta del uniforme con dificultad y trataba de abotonársela con una sola mano.

Entonces, la melodía de su teléfono comenzó a sonar al ritmo de *Burning for you*, de Blue Oyster Cult. Era una de sus canciones favoritas de uno de sus grupos predilectos, pese a todo, la tenía asociada a números relacionados con el trabajo y, aunque la canción le solía venir que ni al pelo, había empezado a desarrollar por ella una especie de animadversión. Al oírla chascó la lengua con hastío, soltó alguna blasfemia y registró todo con la mano que tenía libre, en busca del dichoso aparato.

—¡Joder! ¿Dónde habré dejado el puñetero móvil?

Lo inspeccionó todo con diligencia profesional, tanteando aquí y allí, delante y detrás, sobre los asientos y compartimentos delanteros, hasta que al fin dio con él bajo el asiento del copiloto. Se alegró de haberlo encontrado pronto, pues la idea de empezar a rajar la tapicería del coche como se solía hacer en algunos registros policiales le pasó maliciosamente por la cabeza. Fue entonces cuando descolgó el auricular, se lo colocó entre el hombro y la oreja y comenzó a ponerse torpemente los pantalones del traje.

—Bennet al habla.

—Inspector Bennet, querrás decir —le corrigió una voz que le era conocida—. En menos de una hora serás inspector de pleno derecho del cuerpo de policía más prestigioso de Inglaterra.

—Así es, dentro de una hora —aseveró mientras se subía la cremallera de un tirón—. No obstante, a efectos oficiales, el cargo no entra en vigor hasta

---

dentro de diez días. —Y añadió—: ¿Sabes? Aún no me acostumbro a la idea de tener un despacho propio.

—¡Ja! No te alegres tan pronto. Es uno de los escasos beneficios del puesto, aunque, si te paras a pensar en la de papeleo que deberás rellenar y en la dificultad que vas a tener para que te permitan contar con una secretaria lo suficientemente competente, quizás termines llegando a la conclusión de que tampoco compensa tanto como parece.

—Bueno —continuó con cierta sorna—, soy la estrella de Scotland Yard, no creo que me nieguen esa secretaria.

—Sí... y hablando de eso... hoy es un día especial: todo el cuerpo, la prensa y el propio país están pendientes de ti.

—Y eso significa...

Lance sabía por dónde iban los tiros. De hecho, probablemente, pudiese adelantarse palabra por palabra a lo que iba a decirle, así que su cerebro hizo «clic» y sin llegar a desconectarse del todo se puso en modo piloto automático: activó el manos libres antes de lanzar el móvil sobre la bolsa de deporte y comenzó a anudarse la corbata y a colocarse las ornamentaciones reglamentarias.

—No la cagues. Has hecho un gran trabajo y mereces esto, pero, si algo sale mal, te juegas el puesto. —Y aclaró—: Y no me refiero a una suspensión o a una simple sanción administrativa. Ya sabes cómo se la gasta Strauss.

—Inspector Aaron Wilson —remarcó con una pizca de sarcasmo—, ¿me lo parece o se está preocupando por mí? No iré a echarse a llorar y a decirme toda clase de cosas bonitas, ¿verdad?

—Solo ten cuidado, ándate con pies de plomo. Debes tener contentos a los jefazos, si la nación quiere esto, dales esto. Lance, sé un digno inspector: eres perfectamente capaz de dejar el listón bien alto.

—Gracias, Aaron. Se hará lo mejor posible... —Y con un hilo de voz, mientras se calzaba dificultosamente la primera bota, agregó—: aunque, ya sabes... lo mío no es que sean los discursos...

—Lo harás bien. Y, a todo esto... ¿dónde estás? —preguntó elevando un poco el tono de voz—. La ceremonia comienza en menos de una hora, por tu bien ni se te ocurra llegar tarde, ah, y... tienes el uniforme, ¿verdad?

---

—Eh, que estás hablando conmigo, el *quarterback* de la ley. Está todo controlado, esta mañana a primera hora lo he recogido del tinte y me lo estoy acabando de poner ahora mismo.

—Bien, entonces apúrate.

—Respecto a eso... en fin, no puedo prometer nada con lo de la puntualidad... ya sabes... hoy parece que todo el mundo se haya vuelto un poco más loco que de costumbre... en fin, que he tenido que darme el piro para que no me devoren las alimañas de la prensa.

—¿Otra vez? ¿Es que no se cansan nunca?

Lance encogió los hombros a pesar de que nadie podía verle y, por algún motivo, el comentario le hizo aquel punto de gracia en el que ni te ríes ni te muestras impasible. En su lugar esbozó una media sonrisa y, por unos instantes, al verse reflejado difusamente sobre el parabrisas, se sintió orgulloso.

—Intentaré llegar a la hora —apuntó mientras volvía a ponerse el cinturón de seguridad—, pero no puedo prometer nada: esa panda de sanguijuelas se conocen el modelo y la matrícula del coche y a la mínima aparecen de la nada. Si vuelvo a toparme con ellos tendré que despistarlos otra vez.

—No, olvídate. Enviaré a alguien a buscarte, Green creo que estaba disponible.

Desde donde estaba, Lance pudo escuchar el ruido leve pero fácilmente reconocible de los papeles donde Aaron revisaba los turnos y pensó en lo ridículo que era el tener que esperar a que alguien apareciese a recogerle contando él con un vehículo propio. No obstante, era verdad que aquella parecía la mejor opción; además, le apetecía ver a Olivia. Hacía tiempo que no hablaba con ella, en verdad, para ser honestos, la había estado evitando. Era mejor así, después de resolver el caso Warlock y el caso Euphoria se produjo una avalancha de sucesos, algunos de los cuales, estaba obligado a mantener en el más estricto secreto. Sus últimas acciones, comprendidas entre la macrooperación policial y la notificación pública de su ascenso, no existían oficialmente pues comprendían cuestiones de seguridad nacional de las que solo estaban al tanto unas pocas personas.

—Sí, efectivamente —confirmó desde el otro lado de la línea—. La agente Green está libre, te la mando para allá. ¿Dónde estás?

—Junto al St. George, en el Warwick Square.

---

—Cerca de la Victoria Station... mmm... no estás demasiado lejos... enviaré también a Miller para que recoja tu coche y lo aparque en la central.

—Entendido —aceptó de mala gana.

No era que Robert Miller fuese en ningún sentido un mal policía, al contrario, era un agente excelente, pletórico de energía y de sentido del deber. Sin embargo, su carácter a veces rozaba el infantilismo y su inocencia, a menudo desmedida, le parecía sumamente ridícula. Era, como decían en algunos doblajes mexicanos, un bueno para nada y por ello, lo más probable era que un ascenso permaneciera a años luz de él. Después de todo, cada escalafón del poder, cada cargo superior, debía ir proporcionado a un cierto sentido del liderazgo, a unos rasgos de personalidad concretos: perspicacia, capacidad de mando, responsabilidad y grandes dosis de sentido común e intuición, aptitudes todas de las que el pobre de Robert Miller carecía. Tal era así que el eslogan «proteger y servir» prácticamente se le quedaba en la segunda parte. Y no tenía nada de malo y, aun así, verlo triscando como «un bambi», rebotando entusiasmo, era algo con lo que él no podía. Sencillamente, e incluso a su pesar, Lance lo aborrecía.

—Ya están en ruta. Estate listo para cuando lleguen y, sobre todo, ni una palabra de «tú ya sabes qué» a Miller o a Green.

—Mis labios están sellados.

—Bien... Dios sabe qué podría pasarnos si saliese a la luz...

—Ya estoy bien servido de falsos galardones y titulares en la prensa. No, gracias, las últimas semanas he estado de retiro para recuperarme del Warlock y el Euphoria.

—Lo mejor de todo es que es una coartada plausible, mantenla.

—Descuida. Los espero aquí —manifestó a modo de despedida.

Odiaba mentir, eso era algo que no iba con él, era demasiado bruto y directo para esas tonterías. Pero cada vez que se imaginaba cómo volvería a ser su reencuentro con Olivia se esforzaba en autoconvencerse de que, a la práctica, no contar algo no equivalía necesariamente a mentir. En cambio, había algo en ese argumento que le hacía aguas: en el fondo, lo que sucedía es que no acababa de creérselo, pero fingir que sí le serviría para mantener el tipo y no largar más de la cuenta. Por si fuese poco, además, tenía que cruzarse con Miller. Se ponía de mal humor solo de pensarlo, no entendía

---

cómo la evolución, tras generaciones de selección natural, había convergido en alguien que se le antojaba tan sumamente exasperante.

«El día va a ser una mierda», pensó con tanta fuerza que sus palabras casi podían oírse refunfuñando en su cabeza. Inconscientemente se llevó la mano a la chaqueta y tras palpar la cajetilla de sus Lucky Strike «classic» suspiró aliviado y sintió que al menos no todo iba mal: puede que la nicotina fuese a matarle algún día, pero estaba bastante convencido de que no sería ese. Un par de minutos después de revisar que lo tenía todo y estaba listo, Lance salió del coche y se dispuso a esperarlos sentado sobre el capó.

—Joder —y sacando un cigarrillo de su pitillera, no se detuvo—, solo espero que el puto Miller no aparezca meneando la colita como un buen chico.

## 2

Tres cigarrillos, algunos malos pensamientos sobre Miller y un par de disimulos frente a curiosos más tarde, Lance vio cómo llegaban, aparcaban en doble fila y alguien salía del coche oficial. Habían tardado cerca de veinte minutos, aunque la espera no se le hizo larga.

—¡La-La-Lance! —saludó atolondrado, balbuceando por la emoción.

Ya empezaba mal.

—Miller...

Había sido el único en bajar del auto, estaba nervioso y era incapaz de disimular su admiración por él. Si no hubiese llevado el uniforme, Lance lo hubiese confundido con una típica *groupie* de la era dorada del *rock* y tal cual lo vio llegar, corriendo rápidamente hacia él para darle un abrazo que esquivó de forma brusca, no le hubiese sorprendido que le pidiese que le firmara un autógrafo en las tetas. La simple idea le hizo sonreír y, al mismo tiempo, le generó tanto rechazo que sintió que su cuerpo se estremecía. «Iugh», pensó instantáneamente una vez que enfrentó su mirada a la de Miller y le hubo tendido la mano. Era probable que ya no volviera a ver a Miller de la misma manera.

—¡Es todo un honor! —clamó el agente—. Me aseguraré de que tu coche no sufra ni el más mínimo desperfecto.

---

Lance estaba convencido de ello; Miller le recordaba al perro que nunca tuvo, «era un buen chico», hacía de todo por una carantoña y un premio; pero, aun con todo, vaciló. Entretanto, Olivia observaba la escena con seriedad, impasible, desde el asiento del conductor. En realidad, por dentro, se esforzaba en no esbozar una sonrisa que revelara lo mucho que le divertía la incomodidad de Lance. Pero una vez que él reparó en ella e intercambiaron miradas, se leyeron la mente el uno al otro y se descubrió el pastel. Entonces, Lance sacó del bolsillo las llaves del coche, las dejó caer con cierto desdén sobre las manos de Miller y sin siquiera mirarle le soltó:

—Las llaves, intacto —remarcó—. Te esperamos en el acto, no te retrases.

Una vez dentro, Lance se colocó el cinturón de seguridad y, mientras lo hacía, no pudo dejar de advertir cómo Olivia Green lo observaba: lo hacía con profundidad y a la par con una cierta distancia emocional. Enarcaba una ceja y mantenía una expresión relajada pero sarcástica que, por poco, parecería querer confundirse con asombro. Lance le devolvió el gesto y aprovechó para observarla bien. Seguía igual que como la recordaba —cosa normal, pues solo hacía algunas semanas desde la última vez que se vieron—: sus ojos verdes, de una intensidad poco común, eran sin duda su rasgo más destacable pese a que, en conjunto, se podía decir que Olivia tenía un rostro bastante atractivo. Tenía las facciones finas, en un equilibrio casi perfecto que dejaba entrever un rostro armónico de pómulos ligeramente elevados, pestañas alargadas, labios delicados y una coqueta nariz pequeña, recta y un tanto respingona.

—¿Te esperamos en el acto? —repitió con sorna—. ¿En serio? Eres de lo que no hay.

—Pura cortesía, Liv.

—Hipócrita —sentenció ella, mientras se ponía en movimiento.

—Más bien... —meditó con un hilo de voz— yo diría que considerado o... pragmático, elige tú. —Y completó—: Miller es un buen agente después de todo, jamás lo he negado.

—No, no lo has hecho —confirmó mientras lo miraba de reojo por el retrovisor.

—Pero... en ocasiones...

—Ajá...

---

—En ocasiones...

—Vamos, dilo, te mueres de ganas.

—En ocasiones lo mataría... ¡No hay cosa más insufrible!

—«Te esperamos en el acto, no te retrases» —reiteró ella, entre carcajadas—. Menuda relación de amor-odio más extraña que os traéis.

—Supongo que podríamos llamarlo así, sí..., pero, verás, Liv, no tengo nada en contra de Miller, es solo que... no lo trago, por ninguna razón, solo es así. No todo el mundo puede gustarnos..., y no por ello le diría que no viniese a la ceremonia.

—¿Por qué no?

—Porque es policía —simplificó con un suspiro pesado—, un buen policía... y encima le hace ilusión.

—Oh, si al final resultará que hasta tienes corazón. Encantador.

Lance la observó con cierta curiosidad. Ya no era solo que, con honestidad, sintiese cierta atracción por ella: Olivia despertaba en él alguna clase de magnetismo, una comunicación mágica que no residía en la forma de su cuerpo o de su cara, en su belleza física, sino en el sentido de sus expresiones, sus palabras y gestos, en aquella serie de elementos indescifrables que la hacían tan singular. Podría llamarse carisma, transparencia o poder femenino, pero lo cierto era que esa clase de inquietud no se la habían conseguido provocar demasiadas personas.

—¿Qué? —le interpeló ella, rompiendo con brusquedad el silencio repentino—. ¿Te vas a quedar todo el día mirando?

—La Liv de siempre —respondió mientras se acomodaba mejor en el respaldo de su asiento—, hace algún tiempo que no hablamos... desde... bueno... desde el susto de aquella vez...

—Mira, mejor no me lo recuerdes... casi me provocas un infarto... —y aturullándose, mientras se aferraba con fuerza al volante y endurecía su expresión, farfulló— joder... casi creí que ya no lo contabas y... encima... encima vas tú y...

—Y desaparezco. Sí, lo sé, no fue muy cortés por mi parte, la verdad.

—No ser cortés está a las antípodas de lo que hiciste, Lance... —le espetó—, joder..., debería... debería...

---

—Precisamente, después de este tiempo, de... mi ausencia... —decidió tras dudar sobre que palabra escoger— no sé pensé que, quizás..., bueno, quizás estarías molesta o algo habría cambiado.

—Puff... suerte que eres un inspector brillante, Lance... las cazas al vuelo...

—¿Entonces...? —alargó él.

Olivia no dijo nada. En lugar de eso, permaneció en silencio y con la vista fija al frente adoptó una postura un tanto rígida. A primera vista, todo podía resultar hasta cierto punto normal. No obstante, Lance no era alguien cualquiera y, como todo buen policía que se precie, tenía un no sé qué, una especie de toque o instinto que, si bien en el día a día le servía para desentrañar la naturaleza de los crímenes y hallar pistas e indicios, en su cotidianidad diaria le permitía recoger y desenmascarar toda aquella serie de gestos aparentemente imperceptibles pero que, por algún motivo, expresaban tanto. En este contexto particular, el gesto había sido una especie de tembleque momentáneo, como un estremecimiento facial que Lance bien tradujo en un gesto de ira contenida o más bien de frustración. Sí, después de todo, como sospechaba, Olivia Green estaba enfadada con él.

—¿Olivia?

—¿Qué? ¿Qué quieres que te diga?

—Me has estado evitando —dedujo en un tono que no acababa de aclarar si se trataba de una pregunta o de una afirmación.

—No tenía nada que decirte, Lance —le espetó con sequedad.

Olivia apretó con fuerza el pedal del freno, forzando al vehículo a detenerse de forma brusca frente a un semáforo. Ambos se dejaron arrastrar por la inercia y la cinética, aunque Olivia se las ingenió para mantener mejor el tipo.

—Es por el ascenso —infrió Lance.

—No.

Lo negaba con rotundidad, aunque Lance advirtió que no le era sincera. Sus gestos lo revelaban: la mandíbula encajada, la vista clavada al frente y la forma inconsciente que tenía de apretar con fuerza el volante decían mucho más de sus emociones que sus propias palabras.

—Así que es eso..., eres consciente de que yo no lo pedí, ¿verdad?

—De todos modos, es tuyo.